

En nuestro Evangelio de este domingo, Jesús nos da una lección sobre la humildad. La humildad es la virtud moral que impide que una persona se supere a sí misma. Es la virtud que frena el deseo indisciplinado de grandeza personal y conduce a las personas a un amor ordenado por sí mismas, basado en una apreciación verdadera de su posición con respecto a Dios y al prójimo (P. John Hardon, *Diccionario Católico Moderno*, catholicculture.org).

“Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante a mi parecer sin considerarlo, sino de presto esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento” (Santa Teresa de Ávila, *Castillo Interior*, 6, 10, 8).

Una manera de pedir esta gracia, la gracia de la humildad, es dedicarnos a rezar diariamente la oración de la Luz de Cristo: *Señor Dios, que la luz de Cristo brille en los demás, que ellos puedan verlos como Tú los ves, y que yo pueda verlos como Tú los ves. Amén.*

En lugar de rezar por “los demás,” también podemos rezar por “nuestra familia,” “nuestro cónyuge,” “nuestro hermano” o un nombre propio; por ejemplo, “Tom,” “Nancy” o “Lupe.” Al rezar la oración de la Luz de Cristo cada día – solos, con nuestro cónyuge, o en familia – creceremos en la gracia de la humildad: reconoceremos nuestra dependencia total de Dios, así como también sus innumerables dones y bendiciones.

Padre Frei